

CAPÍTULO XXI. *Donde se trata de el dios Huitzilupuchtli, llamado de los antiguos, Marte; muy querido y celebrado de estas gentes indianas, en especial de mexicanos; y se dicen embustes de el demonio, mezclados con misericordias de Dios; y de cómo fingió nacer de mujer*



UITZILUPUCHTLI, DIOS ANTIGUO Y GUIADOR de los mexicanos, es nombre compuesto de varios significados. Unos dicen que se compone de este nombre Huitzilín, que es un pajarito muy pequeño, verde y hermoso, que chupa flores y se mantiene de aquel sudor y humedad que despiden o engendran en sus hojas; y de otro nombre, que es Tlahuipuchtli, que quiere decir nigromántico o hechicero que echa fuego por la boca. Y de estos dos nombres cortados se compone Huitzilupuchtli y con él se nombra este diabólico Marte indiano. Otros dicen que de Huitzili, que es aquel pajarito y Opuchtli, que es mano izquierda; y así dirá todo el compuesto mano izquierda o siniestra, de pluma relumbrante, porque este ídolo traía de estas plumas ricas y resplandecientes en el molledo del brazo izquierdo. Yo tengo para mí que ambos significados le cuadran y son propios, por lo que de este infernal dios diremos: Este dios así nombrado fue el que trajeron los mexicanos, el cual, dicen, que los sacó de su tierra y trajo a esta de Anáhuac, donde se hicieron tan señores absolutos y poderosos y con tanto nombre, como en otro tiempo los romanos lo tuvieron en el mundo, cuyo origen y principio es muy vario entre los mismos que le adoraban, contando de él fabulas y mentiras, como en las naciones antiguas se dijeron de Marte, dios de las batallas.

Este dios, unos creían ser puro espíritu, y otros, nacido de mujer; y éstos cuentan su historia de esta manera: Junto a la ciudad de Tulla (que aunque ahora es pueblo pequeño, era muy grande en su paganismo y gentilidad) hay una sierra, que se llama Coatepec, que quiere decir en el cerro de la culebra; en éste hacía su morada una mujer llamada Coatlycue, que quiere decir faldellín de la culebra, la cual fue madre de muchas gentes, en especial de unos indios llamados centzunhuitznahua, y una mujer, cuyo nombre era Coyolxauhqui. Esta mujer, según mentira de los antiguos, era muy devota y cuidadosa en el servicio de sus dioses, y con esta devoción se ocupaba ordinariamente en barrer y limpiar los lugares sagrados de aquella sierra. Aconteció, pues, un día, que estando barriendo, como acostumbraba, vio bajar por el aire una pelota pequeña, hecha de plumas, a manera de ovillo hecho de hilado, que se le vino a las manos, la cual tomó y metió entre las nahuas o faldellín y la carne, debajo de la faja que le ceñía el cuerpo (porque siempre traen fajado este género de vestido), no imaginando ningún misterio ni fin de aquel caso. Acabó de barrer y buscó la pelota de pluma, para ver de qué podría aprovecharla en servicio de sus dioses, y no la halló. Quedó de esto admirada y mucho más de conocer

en sí, que desde aquel punto se había hecho preñada. Fuese a su casa con este cuidado, la barriga comenzó a crecer y ella a no poder disimular ni encubrir su preñado. Los hijos que fiaban mucho de la virtud de su madre y creían ser muy honesta, viendo acto contrario a su opinión y previniendo la afrenta que de semejante caso podía venirles de los que la conocían, determinaron de matarla, porque con su muerte se atajase el parto y pagase la madre que creían ser adúltera. Este consejo fue de todos, en el cual la que más clamaba, e incitaba, era Coyolxauhqui (porque es muy propio de mujeres acriminar en otras la culpa de que ellas son notadas y quieren repentina y acelerada venganza, en lo que con amor propio apetece para sí misericordia).

Aunque es verdad que estos centzunhuitznahuas determinaron de matar a la madre, no luego se resolvieron en darle muerte, o porque temían el caso o porque se condolían de poner las manos y ofender las entrañas en que anduvieron y así dilataron su ejecución; y como en todos los consejos que constan de muchos, nunca falta o quien haga traición y declare el secreto o que sea aficionado de la parte contra quien se trata, así en ésta hubo un hijo que se lo avisó y certificó la determinación de matarla. La mujer, que no se hallaba culpada, sentía el daño y lloraba su poca defensa, porque le parecía cosa grave hacerles creer que sin acto, ni ayuntamiento de varón, pudiese haber acaecido su preñado. En medio de estas cuitas y aficciones, dicen los que lo cuentan, que oyó una voz que parecía salir de su mismo vientre y entrañas que le dijo: madre mía, no te congojes ni recibas pena, que yo lo remediaré y te libraré con mucha gloria tuya y estimación mía.

Y a esta sazón venían todos los conjurados (vencidos de su pasión y olvidados del honor materno) a ejecutar su intento y muy armados, para si hallasen alguna resistencia oponerse a ella; venía delante Coyolxauhqui, su hija, como capitán y caudillo de este matricidio; y puestos a vista de la madre, parió repentinamente, de cuyo parto nació Huitzilpuchtli, el cual traía en la mano izquierda una rodela, que llaman tehuehueli, y en la derecha un dardo o vara larga de color azul, y su rostro todo rayado del mismo color, en la frente un gran penacho de plumas verdes, la pierna izquierda delgada y emplumada y pintados y rayados ambos muslos de azul y los brazos. Ésta fue la forma con que apareció en este parto y nacimiento el demonio. Hizo aparecer allí luego una forma de culebra hecha de teas (que llamaron Xiuhcoatl) y mandó a un soldado, llamado Tochancalqui, que la encendiese y con este apercebimiento aguardaron a los enemigos que ya venían con grandes voces a dar la muerte a su madre y a todos los que se la defendiesen. Salióles al encuentro Huitzilpuchtli, y sin aguardarles razones, mandó a Tochancalqui que con la culebra encendida abrasase a Coyolxauhqui como a la más culpada en el consejo y traición, lo cual hecho (de que luego murió) fue Huitzilpuchtli contra los demás; y a pocos golpes conocieron la ventaja que les hacía y la fuerza y peso de su brazo, con lo cual le cobraron muchísimo temor y comenzaron a retirarse, sólo con intento más de defenderse que de ofender; pero no les valió ni muchos

ruegos que le hicieron, pidiéndole de merced la vida, porque no hallaban remedio para salvarla; finalmente los mató y entró en sus casas y las saqueó y hizo a su madre señora de los despojos. De este caso tan prodigioso tomaron asombro los que lo supieron y llamáronle Tetzahuitl, que quiere decir espanto o asombro; y de aquí tomaron ocasión de recibirle por dios, por conocer que habían nacido de madre y no de padre.

A éste tuvieron por el gran dios de sus batallas, porque decían haberle hallado muy favorable en ellas. Y no hace disonancia creer que éste fue aquel antiguo Marte, conocido de otras naciones y festejado por dios de las guerras, el cual llamaron Marte, como dice San Isidoro.¹ Porque la guerra siempre es hecha por los varones, que en latín se llaman *Mares*; y es tanto como si dijésemos: hecho de varones; y también le llamaron Marte (según el mismo) porque de este acto se denominó la muerte, por ser muy ordinaria en los que salen a las guerras, por no haber seguridad de una ni otra parte, antes es lo ordinario morir, si no todos, a lo menos los más o algunos que raras veces acontece (o pienso que ninguna) que acometidos los ejércitos haya victoria sin muerte de algunos, por pocos que sean. Por esto llamaron los antiguos a este dios adúltero, porque no aseguraba las vidas de los soldados y gente de guerra, como si quisiesen decirle: infiel y de poca fe a los que se ofrecían a vivir en la milicia.

A este Marte (dice el glorioso San Agustín)² constituyeron dios de las batallas, porque fue homicida; y según las fábulas poéticas le dio Júpiter autoridad (como cuenta Diodoro)³, que hallase las armas y armase a la gente de guerra y enseñase a pelear. Todo esto vemos en nuestro Marte indiano, llamado Huitzilpuchtli, porque él alentaba a los mexicanos a las batallas; y les dio las armas con que peleaban, que era una caña larga, a manera de dardo, con un pedernal por remate, que tiraban con cierto artificio, que llamaron atlatl. También dice Lactancio,⁴ que por ser dios homicida, y no hallando los antiguos oficio que poder darle, le atribuyeron este nombre de dios de batallas por no hallar cosa natural que poder encomendarle; y por esto le dieron a cargo aquella cosa que los hombres más aborrecen y tienen por más odiosa y menos deseada, que son las guerras y batallas, como a quien ya sabía de muerte y de matar. Ésta es una razón harto ignorante de los que la dieron para recibir por dios a este homicida y matador, porque por la misma (si hubiera de valer) se había de recibir Caín, que fue el primer hombre homicida y matador del mundo, que mató a su hermano Abel; pero como los que yerran no tienen más razón para errar que su propia ceguera, ésta bastó en los pasados para persuadirse a tan flaca y frívola razón y recibir con ella un dios juzgado por otros (como dicen muchos, y San Agustín⁵ lo refiere) como homicida que fue y malhechor.

¹ Div. Isidor. lib. 8. Ethymol. cap. 11.

² Div. Aug. lib. 18. de Civit. Dei. cap. 10.

³ Diod. Sicul. Bibliot. lib. I.

⁴ Lactant. lib. 1. cap. 10.

⁵ Div. Aug. lib. 18. de Civit. Dei. cap. 10.

En otra cosa convinieron estos dos Martes: antiguo e indiano y fue, que según opinión común y muy seguida de muchos, de este antiguo Marte, se denominó aquel lugar de Atenas, llamado Areópago, donde San Pablo predicó a los sabios atenienses, y convirtió a Dionisio, como se cuenta en los *Actos*,⁶ porque dicen haber sido en él juzgado de los doce dioses a cuya parte y favor se inclinaron los seis de ellos, por lo cual fue libre de la instancia y el lugar (como se ha dicho) nombrado de su nombre.⁷ De este parecer fue Juvenal,⁸ y Pausanias.⁹ Y San Agustín¹⁰ refiere esta opinión, con palabras expresas de Varrón. No quiero poner en cuestión difinitiva, si fue ésta la causa o otra, por la cual llamaron a este lugar Areópago; pero quiero decir con todos los más, que mejor sienten de este caso, que este lugar era dedicado a Marte, porque en él se juzgaban las causas de muerte de doce jueces diputados de la república para ello,¹¹ como en la nuestra los alcaldes de corte, a diferencia de los oidores que juzgan lo civil, para lo cual había otro juzgado en aquella ciudad, constituido de cincuenta varones, aunque éstos eran anuales y los otros perpetuos. Este lugar le llamaban los atenienses Areópago, al cual llama Estéfano,¹² promontorio, porque era alto y levantado del suelo, hecho de tierra y piedra, que si no era muy alto, era al menos a la manera que en esta de esta Nueva España se le formó el templo a este sanguinolento dios, donde también no sólo eran sentenciados a muerte los hombres, pero morían en él, añadiendo el demonio en este Areópago indiano la ejecución de las cosas que se solían sentenciar en esotro de Atenas; y así como en aquel ateniense presidía Marte, en este indiano, no sólo presidía como matador, sino que era como dios adorado y reverenciado.

CAPÍTULO XXIII. *Donde se trata del dios Paynal, que fue la diosa Bellona de los antiguos*



TRO DIOS TENÍAN ESTOS INDIOS MEXICANOS, llamado Paynal, el cual era también dios de batallas y coadjutor de Huitzilpuchtli. De donde se echa muy bien de ver el desatino de esta multiplicación de dioses, como que la deidad (si fuera verdadera la que atribuían a Huitzilpuchtli) tuviera necesidad de coadjutor. Y no es de solos estos indios, que primero tuvieron este error los antiguos,¹ diciendo San Agustín, en los libros de la *Ciudad de Dios*, que a Juno la constituyeron diosa de las batallas, y

⁶ Ac. Apost. 17.

⁷ Alex. ab Alex. *Dier. Genial.* lib. 3. cap. 5. et lib. 6. cap. 11. Rhodigin. lib. 7. cap. 14.

⁸ Iuv. Sat. 9.

⁹ Pausan. in *Atticis*, lib. 1. cap. 1.

¹⁰ Div. Aug. lib. 18. cap. 10.

¹¹ Plin. lib. 7. *Hist. Nat. Hela.* c. 15. 1. *Hist. Libanius in Orat. in defension Martis.*

¹² Steph. *Bizant. de Urbis.*

¹ Honorius l. 5. *Iliad. Virgil.* 1. et 2. Aen.